

EL ECO DE CARTAGENA

Sábado 26 de Agosto de 1882

La decadencia de España

desde mediados del siglo XVI

A IGUAL ÉPOCA DEL SIGLO XVII

—
XLI.

Bajo malos auspicios tomó D. Luis de Requesens el gobierno de los Países Bajos; el duque de Alba le había dejado unos estados presas de la rebelión y de la más completa anarquía; ni un pueblo que no le fuese hostil; ni disciplina, ni obediencia en sus soldados. Su primer cuidado fué salvar á Meddlebourg que hacía dos años que estaba cercado por los insurgentes, enviando en su socorro treinta buques, pero destruida esta flota por los zelandeses, tuvo el sentimiento de ver caer en poder del príncipe de Orange aquella importante plaza que miraba como la llave de la Zelanda.

Esta pérdida pudo neutralizarla un tanto la victoria ganada por Sánchez Avila al conde Luis de Nassau; pero los soldados, á quienes hacía tres años que no se les pagaba, se sublevaron al día siguiente y marcharon sobre Amberes, á exigir de sus habitantes el pago de lo que se les adeudaba. Los intentos del gobernador para hacerles volver á la obediencia fueron vanos, lo mismo que las amonestaciones de un sacerdote español; su voz se perdió entre los redobles de los tambores. Después de haber cobrado la contribución impuesta á la ciudad, los sublevados pidieron el perdón de su falta, único modo, bajo el cual se ofrecían volver á la obediencia, y Requesens no tuvo más remedio que concedérselo á nombre del rey.

Pero no fué esto lo peor: el soldado había visto los buenos resultados de su audacia; tomó el gusto al procedimiento, y convirtió en sistema las trasgresiones punibles de la ordenanza. Cuatro veces en el espacio de tres años se le vió incurrir en ellas, y esto sucedía cuando no había ciudades que saquear; entonces acudía á la rebelión como el medio más seguro de procurarse dinero. Para ello la caballería y la infantería se unían en un solo cuerpo que se llamaba el escuadrón de los «descontentos»; se esponían al general y á los oficiales y se elegía un nuevo jefe, á quien llamaban el «elegido». La autoridad residía en el escuadrón, que escogía para ayudar al «elegido», los soldados más inteligentes con el título de «consejeros». Un oficial con el nombre de «Sargento mayor», dirigía la infantería, y la caballería tomaba por comandante á otro oficial á quien titulaban el «gobernador». Todos

estos grados se obtenían por elección, y no se adoptaba ninguna medida que no hubiese sido sancionada por la pluralidad de los votos. Las proposiciones se examinaban primeramente en el consejo del «elegido» y después se sometían á las deliberaciones del «escuadrón».

Las primeras operaciones de los «descontentos» iban siempre dirigidas á «poderarse de alguna plaza ó castillo donde poder hacerse fuertes. El «elegido» se alojaba en la parte principal, y era guardado con un centinela de vista; y cuando se reunían para tomar algún acuerdo lo hacían delante de su casa. Los habitantes de muchas ciudades pagaron de buen grado á los «descontentos», lo que de otro modo hubieran tenido que entregar á la fuerza.

A todo esto daba lugar el abandono en que se tenía al soldado, reteniéndole indefinidamente sus haberes. La guerra que por entonces se libraba contra los turcos y los moros rebeldes de las Alpujarras todo lo absorbía. En 1576 una nueva sedición trajo por consecuencia el saqueo de las provincias encargadas á su defensa, y el gobernador Requesens, perdida ya la fuerza moral para hacerse obedecer, tuvo que expedir un edicto autorizando á los flamencos á repeler la fuerza con la fuerza. Triste cosa! El gobernador Requesens, militar pundonoroso, no pudo arrostrar tanta vergüenza; su salud comenzó á resentirse por efecto de los disgustos y pesadumbres, y murió, dejando el país encomendado á su gobierno en la más completa anarquía.

Con este acontecimiento, el desorden llegó á su colmo; los soldados abandonaron las provincias mermadas recoquistas á costa de su propia sangre y nombrando su «elegido» fueron á sorprender á Bruselas ó á Malinas. Por esta vez sus intentos se vieron frustrados por la actitud de los habitantes, y tuvieron que refugiarse hacia Flandes donde se apoderaron de Alost. Menos feliz, la ciudad de Amberes, volvió á ser la víctima de su codicia después de una tenaz resistencia. Por tres días consecutivos no se vió más que asesinato y robo, haciéndose subir á más de siete mil los que perecieron en este breve tiempo. El botín ascendió á la enorme suma de ocho millones de florines en metálico, sin contar el oro y la plata en barras ó en vagillas, ni las inmensas, cuanto ricas mercaderías que contenían los almacenes de la ciudad. La luz del incendio iluminó estas escenas de destrucción y de muerte, que la Eutopa contempló horrorizada; y ellas fueron motivo para que los Estados se echasen en brazos del príncipe de Orange, ajustándose un tratado de alianza entre las provincias

del norte y del mediodía, que fué llamado «pacificación de Gante», por el cual quedaban obligadas á ayudarse mutuamente para arrojar á los españoles de los Países Bajos. Tal era la situación de las Provincias, cuando D. Juan de Austria fué elegido para suceder á Requesens.

La misión que llevó el nuevo gobernador no fué otra que la de rescatar á toda costa las provincias católicas; y creyendo conseguirlo mejor por la política que con la espada, ratificó la «pacificación de Gante» é hizo que saliesen de los Países Bajos todas las tropas extranjeras. Los medios no podían ser más conciliadores, pero era ya demasiado tarde y D. Juan de Austria se vió precisado á llamar de nuevo las tropas para hacer respetar su autoridad. Este príncipe que había hecho célebre su nombre en todas partes donde brilló su espada vencedora, no pudo adelantar un paso en la pacificación de los Países Bajos, y murió de dolor, como Requesens, ¡dos víctimas ilustres de una política desacertada!

Mientras tanto las provincias se dividieron en dos estados, las protestantes, ó sean las marítimas bajo la autoridad del príncipe de Orange y los católicos, ó meridionales, del archiduque de Austria Matias. Contra estas últimas dirigió sus esfuerzos el duque de Parma que había sucedido á D. Juan de Austria; y á sus buenas dotes militares se debió la toma de Maestricht y de Amberes, y la sumisión de Bruselas, de Gante, de Molina y de Nimega. No era extraño: ¡se hallaba el país tan despojado por aquella parte!... La población de Amberes que antes contenía ciento ochenta mil habitantes, había quedado reducida á la mitad; los hermosos pueblos de la Flandes donde se llegaron á contar de dos á tres mil casas quedaron casi desiertos; y en muchas de sus comarcas no se distinguían ya los campos por los surcos del arado, ni las lindes de los caminos: todos estaban cubiertos de yerbas y de malezas.

Frente á este cuadro de desolación brillaban felices, prósperas y libres las otras provincias entre las áuroras de las libertades políticas y de la conciencia. Fuertes por su misma unidad de miras, se hicieron invencibles á las armas de Felipe II, quien desesperado por no poder reducir las, recurrió al asesinato poniendo á precio la cabeza del príncipe de Orange. El crimen se consumó por el puñal de Baltasar Gerard, pero la república que Guillermo había fundado no sucumbió con él. A este disgusto se unió en Felipe II el de la muerte del duque de Parma, el general de su mayor confianza único á quien consideraba digno de luchar contra el príncipe Mauricio, que las provincias habían pu esto á

su frente después del asesinato de su padre. Entonces se vió aquel lucido ejército que el príncipe de Parma había llevado á Francia abandonar las banderas de un rey que no le pagaba, y volverse los soldados á Flandes, donde eligiendo un nuevo general y oficiales, renovaron las escenas de muerte y de saqueo, tantas veces llevadas á cabo durante el gobierno de Requesens.

El poder de España puede decirse había muerto en los Países-Bajos, Felipe II hizo esfuerzos inauditos para reconquistarlo, pero en vano; todo era mandar ejércitos y millones, sacrificios que se esterilizaban en la infidelidad del soldado y en la desmoralización de todos los elementos llamados á dar unidad y acción. Por fin ya cercano á su muerte, reconoció su impotencia dando en dote aquellos estados á su hija Clara Eugenia, lo cual no evitó el que la España siguiera con ellos en guerra de sastrora por más de cincuenta años.

¡Valiera más que haciendo de la necesidad virtud, honrara sus últimos años con una dejación generosa que hiciera menos aborrecible en aquellos países la memoria del «demonio del Mediodía»!

MANUEL GONZALEZ.

MARINA.

Resoluciones tomadas por este ministerio:

Cuerpo general.—Ascensos: Han sido promovidos á sus inmediatos empleos, el teniente de navío don Luis Lopez y Velez y alférez de navío D. Manuel Perez y Galla.

Montepío.—Concesiones: Trasmisión de pensión á doña Manuela Blanco Fernandez, negando mejora de pensión á doña Maria de la Concepción Chacon, dispensando á los tenientes D. Fernando Fernandez y Fernandez y D. Inocente Pelegrin, y á los alféreces D. Luis Diego Lopez, D. Vicente Andoiz y D. Luis Carame, la omisión de no haber presentado en tiempo oportuno sus partidas de casamiento, sin opción á sus familias á Montepío militar.

Ultramar.—Concesiones: Próroga por un mes de comisión del servicio al coronel D. Alejandro Lucas, id por dos meses la licencia que disfruta D. Enrique Montero de Espinos a y el pase á Cuba al alférez D. Enrique Lopez Alvarez.

CRONICA

«Lo que no debe decirse» es un libro que acaba de publicar el ilustrado escritor de Madrid D. José Naks, y que nos ha remitido, por lo que le damos las gracias.